

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

MAYO.—NÚM. 5

REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15.

AÑO V.—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

La Abeja, por M. Sturm.—Calvario y redencion, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—El mes de María, por Josefa Ugarte Barrientos.—Salir de la tumba, por P. IF.

HISTORIA NATURAL.

LA ABEJA.

ESTRUCTURA DE SUS PANALES.

I.

Entre todas las sociedades formadas por los insectos, no hay ninguna mas interesante que las de las abejas. La vista de una colmena es uno de los mas agradables objetos que puede proporcionarse un amante de la naturaleza. Allí reina una cierta grandeza que asombra: no se cansa el hombre de contemplar aquel laborotero, en donde millares de obreras se ocupan con la mas constante actividad. Es mayor la sorpresa al ver el orden, la regularidad de sus trabajos, y sobre todo aquellos almacenes tan abun-

dantemente provistos de cuanto necesitan para la subsistencia de la sociedad en el invierno. Pero lo que mas particularmente llama nuestra atencion, es la armonía, y aun se puede decir, el patriotismo de este pequeño pueblo, tan bien organizado que debe exitar en nosotros el mas vivo interés, y que por muchos respetos merece toda nuestra curiosidad.

El gobierno de las abejas tiene mas de monárquico que de republicano. Una sola es la que lo dirige todo, y es no solamente la reina de su pueblo, sino tambien su madre en riguroso sentido. De treinta á cuarenta mil abejas de que suele componerse una colmena, la reina sola es la que engendra; y sin duda se debe á esta prerrogativa el tierno afecto que le profesan sus vasallos. Casi siempre se la ve rodeada de un círculo de abejas ocupadas solo en hacerla la corte y serla útil: unas le presentan miel, otras pasan ligeramente la trompa sobre su cuerpo, para desprender de el cuanto pudiera mancharle, y al ponerse en marcha despejan todo lo que se halla al paso para hacerla lugar.

Cada enjambre de abejas no tiene mas que una reina. Los machos, llamados zánganos, llegan muy frecuentemente al número de cuatrocientos á quinientos; el de las neutras sube á veces á cuarenta mil y aun mas. Las últimas, que pueden considerarse como los flotas

ó esclavos de la pequeña Esparta, son las encargadas de todos los trabajos: la reina y los zánganos no cuidan sino de dar ciudadanos al estado. Se creia comunmente, y aun lo creyó siempre Mr. de Réaumur, despues de un continuado estudio, que la prodigiosa fecundidad de la reina dimanaba de los machos. Sin embargo, otras observaciones hechas tambien al parecer con cuidado, y repetidas muchas veces, dan márgen para pensar que, segun se opinaba en el siglo de Aristóteles, para engendrar la reina se bastaba á sí misma, al modo de los pulgones; y que los huevos de las abejas fecundaban en los alvéolos, como los de los peces de escama y de algunos anfibios, por un licor vivificante con que eran rociados despues de puestos. ¿De que sirven, pues, los machos? Se ha intentado responder á esta dificultad; y la manera con que son fecundados los huevos de los peces, puede servir en parte para resolverla.

No obstante lo que nos debe hacer cautos para decidir sobre este punto es, que á pesar de repetirse las observaciones, parece que las unas combaten á las otras. El partido, pues, que nos resta tomar es, ó bien adherirnos á la opinion, entre todas la mas pausable, de Mr., de Réaumur, bien conocido por uno de los observadores mas reflexivos y seguros sobre los hechos que enuncia; ó lo que es aun mas llegado á razon, suspender nuestro juicio, y aprender á dudar, esperando á que se hayan adquirido nuevas luces y conocimientos mas ciertos. Con mucha razon dijo un naturalista, que una colmena es á los ojos de un sabio un abismo, en el cual se pierde el ingenio mas vasto.

Donde la arquitectura de las abejas se muestra mas admirable es en la formacion y orden de los panales. Las celdillas ó alvéolos que los componen, y que ocupan sus dos caras, están apoyadas unas en otras por sus fondos, formados por tres piezas en los ange, iguales y semejantes. Los fondos de las celdillas de las dos caras opuestas del panal, á causa de su figura de pirámide, se juntan entre sí de tal suerte, que no dejan vacío alguno. La forma exágona de las celdillas hace tambien que apliquen unas á otras con igual inmediacion: el eje de estos alvéolos es paralelo al horizonte, y el panal es perpendicular al mismo; posicion determinada, sin duda, por circunstancias particulares, y de la cual depende la conservacion de la familia. En la disposicion, figura y proporciones de las celdillas exágonas ó de seis lados, y cuyas bases están formadas cada una de tres trapecios, que forman el ángulo sólido del fondo, con sus ángulos obtusos, y son de cerca de ciento y diez grados,

se halla resuelto por un mecanismo natural uno de los mas bellos y difíciles problemas de la geometría, á saber: *Hacer entrar en el menor espacio posible, el mayor número de celdillas y las mayores posibles con la menor materia posible.* Se ha hecho una observacion muy curiosa en la abejas, y es que varian la inclinacion y curvatura de sus panales, segun la necesidad lo exige.

Como los gusanos de que nacen las tres especies de abejas que componen una colmena, varian en corpulencia, de aquí es que piden ser criados en celdillas de capacidades diferentes: por eso las obreras las construyen de tres clases.

Las destinadas á los machos y á las neutras son siempre exágonas; pero de una magnitud proporcionada á la diversidad de tamaño de estas dos especies. Las que deben servir para las reinas, son á manera de botellas, cuyo vientre, bastante hichado, está vuelto hácia lo alto, quedan pendientes del borde inferior del panal como las estalacticas de la bóveda de una caverna, y son tan macisas, que la materia empleada en construir una sola, bastaria para la formacion de ciento y cincuenta celdillas de las ordinarias.

Hay dos especies de abejas, unas silvestres y otras domésticas: estas construyen sus panales en una especie de vaso de corcho ó de madera, llamado colmena, donde los hombres saben reunir las; aquellas habitan en el hueco de los árboles, ó en otras cavidades que la casualidad les presenta.

Examinemos ahora mas por menor los habitantes de la pequeña ciudad que acabamos de describir; y hallaremos que lo que pide mas nuestra atencion, es la reina. La lentitud, ó por mejor decir, la majestad con que camina, su tamaño sobresaliente, y sobre todo las varias especies de homenajes que la rinden, la hacen reconocer con facilidad. Á ella sola deben su existencia todas las nuevas abejas que nacen en la colmena. De los huevos que pone en las celdillas, y que fecundan los zánganos, salen gusanos á quienes sustentan con su trompa las abejas trabajadoras. Despues permanece este gusano cerca de quince dias en un perfecto descanso, y está como muerto en su celdilla, donde tienen cuidado de cerrarle con una tapita de cera. En este estado de inmovilidad se le llama *ninfa* ó *pollo*, y cuando llega el momento de abrir su sepulcro, sale bajo la forma de una nueva abeja.

La estructura de los miembros de las abejas, de que hablaremos inmediatamente y que son tan regulares y apropiados á su género de vida; el cuidado que tienen de sus hijuelos;

el arte con que construyen sus celdillas; su industria, inteligencia y actividad, todo encanta é interesa, ¿Que hombre hay tan grosero que pase con indiferencia delante de una colmena? ¿Que cosa puede presentárenos mas propia para inspirar pensamientos sublimes, que la vista de es esta pequeña república? El que anhela por ocuparse en la idea de su Criador, le halla aquí de la manera mas sensible: en efecto, este espectáculo le conduce y eleva á él sin cesar. Adora el poder de aquel Ser magnífico en la produccion de estas pequeñas criatura; admira su sabiduría en la construccion de los panales; advierte que cuanto mas tiene de geometría esta obra, tanto menos geometría supone en las abejas obreras; y no puede dejar de conocer que el verdadero geómetra es aquí el autor mismo del insecto. Este pone en ejecucion por una especie de mecánica un trabajo, cuyas admirables proporciones calculan los sabios con espanto, pero ignoran su secreto.

(Continuará.)

M. STURM.

CALVARIO Y REDENCION

CARTAS DE TRES HERMANOS

Maria á Fabian.

Hace cuatro dias que estoy en esta casa, hermano mio, y bendigo con todo mi corazon á Dios que con tal acierto dirige los sucesos de la vida, y que nos lleva al punto en que nuestra presencia es necesaria.

Él, tan inmenso y omnipotente, y cuya mirada penetra lo mismo en el fondo del corazon, que en lo profundo de nuestra mente: Él, que envia por partes iguales el frezco y vivificante rocío, sobre el alto cedro del líbano, y sobre la pequeña hiervecilla que apenas se distingue en los linderos del bosque; Él, que todo lo vé, que todo lo sabe y lo utiliza todo, se vale á veces de las criaturas mas pequeñas para sus mas grandes y perfectos fines.

Yo hacia falta aquí: Amelia ocupada por

sus ilusiones, sus luchas y sus sentimientos, se olvida de su madre, y su madre, anciana, enferma, y de carácter violento, necesita un doble cuidado; el físico y el moral: una asistencia simultánea para la postración del cuerpo, y para el abandono terrible del alma.

Por fortuna yo quizá habré llegado á tiempo para derramar el consuelo y la fé en este espíritu que vacila, y para hacer menos amargos los sufrimientos de esta anciana.

Ay! hermano mio; yo he ofrecido á Dios el sacrificio de mi vida y de mi dicha, y creo que Dios le acepta, y que me destina á llorar mucho, pero á sufrir en pró de toda esta familia, á cuyo lado me ha puesto su inescrutable voluntad.

Son tantas las cosas de que quisiera hablarte, Fabian mio, que no sé á cual dar la preferencia en esta carta, que acaso tenga que cerrar precipitadamente, porque mi deber me llama á otro lado.

Nada te dire de Horacio, nada te diré de Amelia, por que te enviaré la carta que ayer me escribió San Roman, y en ella verás cuanto pasa en la quinta, y comprenderás la situacion de ánimo de los dos esposos, por cuya dicha diera mi vida.

Y como mis palabras nada podrian añadir á las frases de esa carta, te hablaré de mí, de los nuevos deberes que parece me confia la providencia, y de un suceso extraño que quizá pueda influir en la suerte de nuestra Elia.

Doña Juana á mi llegada aquí, se sorprendió agradablemente, pues creyó que sus hijos me acompañaban: pero cuando supo que nó, su enojo se reveló en la espresion del semblante y en el acento duro y casi agresivo con que me dirigió algunas preguntas.

Yo procuré calmarla.

Es verdad que esta pobre anciana, próxima á morir tal vez, privada por los años y las dolencias de todos los goces de la existencia, tenia derecho á exigir de su única hija un poco de amor mas, un poco de mimo y consuelo, y sobre todo á verse rodeada de esa atmósfera que crean en torno nuestro la presencia, la sonrisa y los desvelos de una familia amante y cuidadosa.

Doña Juana por el contrario, tiende la vista en torno, y se halla sola; rodeada de criados bruscos é interesados, que la obedecen con despego y que solo permanecen á su lado el tiempo preciso para ejecutar sus órdenes.

Cuando permanecíamos en esta casa, cuando yo estaba encargada de asistirle asiduamente, su carácter habia cambiado algo, se habia dulcificado un tanto, y aun creo que su alma em-

pezaba también á experimentar una favorable mudanza.

Pero desde nuestra partida, desde la marcha á la quinta de su hija, á vuelto á amargarse su espíritu, y lo que yo juzgaba blanda cera, se ha convertido otra vez en mármol duro y helado.

A mi llegada aquí la hallé mas enferma que antes, hacia muchos dias que no podia dejar el lecho, y los criados con un abandono bien culpable, ni nada hacian por aliviarla, ni aun se habian tomado el trabajo de avisar á la condesa.

Yo desde el primer dia me constituí á su lado, la hablé de sus hijos, le ponderé el cuidado de Amelia; la dije que me enviaba á reemplazarla, y que en adelante todos los dias sabria de ella, ofreciéndole en su nombre que volveria muy en breve.

A medida que hablaba, el ceñudo rostro de la anciana perdía algo de su dureza, y una expresion mas suave y tranquila aparecía en aquellos ojos de mirada sombría y enojada.

Volví á emplear para distraerla todos los medios que usaba antes, ansiosa de recobrar su confianza y su cariño. Yo creo que lo conseguire, y entonces, hermano mio, entonces, olvidándome de todo, cifraré mi bien en atraer esta pobre alma embotada y ciega, al camino que nos conduce hasta Dios.

Yo le hablaré mucho, mucho de la fragilidad y la mentira de las dichas mundanas: yo le diré que la vida es una cadena pesada y dolorosa, en cuyos eslabones colocan de vez en cuando algunas flores los ángeles de nuestra guarda, pero que cadena al fin, mayor será nuestro mérito, cuando mas valor tengamos para soportar su peso. Le hablaré de lo horroroso que es acercarse al sepulcro, y mirar su fondo, y hallarle vacío ¡Oh! Fabian, Fabian, cuan horrible sería la existencia si no hubiera Dios, si no hubiera cielo, si no hubiera esperanza!

D.^a Juana comprenderá todo esto, por que Dios me inspirará el modo de hacérselo conocer, y si ella fija al fin en el cielo sus miradas, y Amelia torna á la senda de su deber, habré cumplido dignamente mi mision, y abandonaré tranquila esta casa por otra en que haya nuevos dolores que combatir, nuevas enfermedades que curar.

Hablemos de otra cosa. Ayer me levanté muy temprano, pare ir un instante á la iglesia inmediata. ¡El que es desgraciado se halla también hablando con Dios!

El templo estaba oscuro, estaba desierto, y pude llorar con libertad.

Yo no habia notado sin embargo, que un joven solo también como yo lo estaba, y oculto

con una columna, rezaba arrodillado, con una expresion melancólica y tranquila.

Solo cuando un sacerdote pasó á su lado, y él le detuvo para dirigirle la palabra, reparé en su presencia y le miré con atencion, segura de haberle visto en otra parte.

No me habia engañado! aquel hombre era el mismo con quien yo habia hablado pocos dias antes en las cercanías de la quinta; era Gustavo de Peñafiel, segun él mismo me habia dicho. Sin poder dominar mi curiosidad presté atencion á las frases que en voz baja dirigia al ministro de Dios, y ví que le rogaba celebrase en el altar de la Virgen de la Esperanza el incruento Sacrificio de la Misa, dos dias consecutivos.

—Cumpliré vuestro deseo, caballero; respondió el sacerdote dulcemente.

—Decidme, padre mio, murmuró Gustavo con una lijera vacilacion, ¿nos será permitido, al elevar á Dios las preces que marca la iglesia, pedirle también por algunas de las personas que amamos, ya que vivan aun, ya que hayan muerto?

—Hijo mio, contestó dignamente el ministro de Dios, todos los dias elevamos al cielo nuestras plegarias por unos y por otros. Decidme el nombre de aquellos por quien he de rogar.

—Por mi madre, que ya no existe, y por...

Aquí la voz de Gustavo se tornó mas baja aun, pero yo creí distinguir, aunque confusamente el nombre de nuestra hermana, el nombre de Elia.

Oí de rodillas aquella misa, y pedí al cielo mucho por esa pobre niña que aun puede tener esperanza.

Al remitirte la carta del doctor, te mando otra de Elvira. La tierna niña no se olvida de mí, y en su inocencia me da detalles cuyo valor ella ignora. Léelas ambas, y ellas te harán adivinar las sensaciones que han producido en el alma de tu hermana.

MARIA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL MES DE MARÍA.

¡Qué hermosas son las flores
Que Mayo ostenta!
¡Qué fragantes las rosas
Y las violetas!...

¡Qué hermoso el campo,
En los días serenos,
Del mes de Mayo!...

Los cefirillos locos
Llevan sus alas
Impregnadas de aromas
De las acacias:

Y en el ramaje,
Fabricando sus nidos
Cantan las aves.

Los arroyos arrastran
Sus claras linfas,
Bajo lirios que en ellos
Tiernos se miran,

Y allá en la noche,
Entre olivos gorjean
Los ruiseñores.

Ya son tías las auras
De Andalucía;...
Ya del Africa vuelven
Las golondrinas;

Ya lucen rojas
Entre doradas mieses
Las amapolas.

Florida está la sierra,
Azul el cielo;
Apacibles las tardes,
El mar sereno;

Todo es delicia,
En el alegre Mayo,
Mes de María.

En el mes de la Virgen
Inmaculada,
En el mes de la Madre
Pura y sin mancha,
A quien la tierra

Homenaje tributa
Porque es su Reina.

Venid, candidas niñas,
De labios rojos;
De pupilas celestes,
de rizos blondos,
Venid, oh! niñas!
A cojer azucenas
Para María.

Y tejed á la Virgen
Bellas guirnaldas
Con las flores mas lindas
Y mas preciadas.

Vereis que hermosas
Estarán en su frente
Vuestras coronas!...

Por las bóvedas altas
Del templo Santo,
Del órgano resuenan
Los graves cantos;
Y ya el incienso,
Como nube olorosa
Llega á los cielos.

Ante el trono sencillo
Do tierna brilla
La Imágen de la casta
Virgen Maria,
Humildes llegan,
Los que férvidos crecen,
Y aman, y esperan,

Los que sufren del mundo
Con las borrascas,
Y á la altura sus ojos
Firmes levantan;
Los que suspiran,
Pero lloran y rezan,
Y en Dios confían.

Coged, niñas, del prado
Graciosas flores,
Celebrad á la Virgen
Entre oraciones:

Que al cielo suben,
Del incienso y las rosas
Con los perfumes!...

Así en el suntuoso
Templo cristiano
Acogiéndose María
Bajo su manto,
Pasen las horas,
Al compás de las preces
Y las salmodias.

Dicen que allá lejanos
Del Santo muro,
En las olas revueltos
Del mar del mundo,
Seres se agitan,
Que ni rezan, ni lloran,
Ni en Dios confían.

Que arrastrados del viento
De sus pasiones,
A la Virgen no llevan
Luces ni flores.

Que, desdichados,
En fatídicas sombras
Viven luchando.

Que sus frentes golpean
En donde oscura,
Cual siniestro fantasma
Surgió la duda;

Que, entre delirios,
Vacilantes caminan
como su siglo.

Que á problemas funestos
Abandonados,
De verdades eternas
Vánse alejando;
Y cuyas almas
Desaliento infecundo
Seca y abrasa.

Que quizás por lanzarse
Tras noble ciencia,
De la fuente se apartan
Dó brota ella,
Y luz ansían,
Y en tinieblas horribles
Se precipitan.

Que de la fé dejando
La antorcha clara,
Su razón con orgullo
Débiles alzan,

Que, en su locura,
Envidian al creyente
De quien se burlan.

Y al volver á sus almas
Torva la vista,
Solo encuentran recuerdos,
Solo ruinas;
Contentos dieran,
Por un día tranquilo
Toda su ciencia.

Ellos no son felices
Como nosotros,
Los que al templo sagrado
Vamos gozosos,
Con las ofrendas
Que á la Virgen dedica
Piedad sincera.

Niñas, que de los valles
Flores sencillas
Arrojais á los Santos
Piés de María;
Pedidle puras,
Por el mundo que sufre,
Que tiembla y duda.

¡Que sufre! no, no creais,
En sus placeres:
Un inmenso vacío
Por su mal siente,
Pugna y se afana,
Y no logra llenarlo...
Que Dios le falta.

¡Ay de aquellos que impíos
Cruzan la tierra,
Sin que eleven su vista
A otras esferas!
¡Ay, sí, de aquellos,
Que la moral ajustan
A sus deseos!

Id, pues, ante la Virgen;
Id y rogadle:
La sociedad vacila,
Vacila, y cae:

Roguemos todos,
Por que broten creencias
De esos escombros.

Y mientras entre sueños

Locos se agitan,

Cojed flores de Mayo

Para María.

Vereis que hermosas

Estarán en su frente

Vuestras coronas.

Josefa Ugarte Barrientos.

SALIR DE LA TUMBA.

TRADUCCION.

Al principio del verano de 1824 estaba acostado un hombre en una magnífica cama de la fonda de Maurice en París: su respiración, acompasada y tranquila, demostraba la falta de cuidados que turbasen su sueño, sus facciones, en extremo delicadas, al par que regulares, ofrecían á la vista el tipo de la belleza inglesa que sería el de la perfección, si esta no fuera inseparable de la gracia: erguíanse sobre la frente sus rubios cabellos, entre los cuales asomaba algún punto gris, y una barba espesa y bien redondeada completaba el adorno natural de su semblante. Era, á no dudarlo, un inglés ó la estatua de un inglés; solo entre estos dos extremos cabía duda.

Era en realidad un hijo de Albion en carne y hueso, y se llamaba Peter Lowter. Hacía un año que residía en París, y los que le conocían le tenían por un hombre muy particular; hé aquí el motivo: así que se abrían los salones de Frascati se instalaba en ellos hasta el momento en que se cerraban: jugaba fuerte y perdía siempre; nadie se acordaba de haberle visto ganar: por consiguiente, en un año que duraba semejante régimen de vida, debía haber perdido sumas enormes; de lo cual deducían unos mirones que era un miembro del parlamento que viajaba de incógnito, y otros que era pariente del célebre banquero de Londres, de su mismo nombre. Los jugadores no deducían nada, y se contentaban con esplotar el rico filon que habían encontrado.

Dieron las once: un despertador hizo oír su discordante ruido; M. Lowter abrió los ojos y echó en derredor una mirada fría y apática: un rayo de sol brillaba por entre las cortinas de la ventana.

—¡Tampoco hace hoy niebla! exclamó apesadumbrado.

Se levantó con grave lentitud, se puso una bata, y después de haberse atusado el pelo y la barba sacó dos pistolas, introdujo en cada una de ellas dos balas y pidió el almuerzo.

Cuando hubo saboreado las delicias de un *comfortable* desayuno, frecuentemente rociado con los mejores vinos del país y del extranjero, alargó el brazo y cogió las pistolas; armólas con minuciosa atención sin que su semblante variase de expresión en lo mas mínimo; volvió la espalda al sol, y empuñando una en cada mano las aplicó á su frente; pero al ir á tirar de los gatillos se detuvo.

—Ese bribonzuelo de Dick siempre se olvida de los mondadientes, exclamó ¡Dick!

Un muchachuelo feo y enano entreabrió la puerta y asomó su cara de garduña. Peter Lowter le dijo con mucha gravedad:

—Satanás cargue contigo: ¡los mondadientes!

Mientras que Dick ejecutaba la segunda parte de esta orden, se arrellanó el inglés en el sillón y clavó la vista en el techo. Pensaba en sus adentros que las cuatro balas que iba á sepultar en su cuerpo eran mas que suficientes para reemplazar los mondadientes, y que era indigno de un *gentleman* suspender por tan fútiles motivos un acto tan serio y tan importante como el que iba á ejecutar. Á pesar de esto, esperaba: para un inglés pierde mucho de sus atractivos el suicidio cuando el sol brilla y reverbera en el azulado espacio.

Los que decían que M. Lowter era pariente del célebre banquero de Londres, se engañaban. M. Lowter era el mismo banquero que en quince años, sin mas auxilios que su inteligencia é industria, había adquirido tal crédito que en 1823 hacía el solo mas negocios que todos los comerciantes de Londres. La opinión general le hacía dueño de un tesoro inmenso, fabuloso, y sus rivales que contaban con capitales de ocho á diez millones á lo sumo, morían de envidia y de despecho.

Sin embargo Peter Lowter no era feliz; había conocido la miseria antes de llegar á la opulencia; su mujer le adoraba, y su hija, encantadora jóven, hubiera sido el orgullo de cualquier padre; todo en fin le sonreía; pero esta misma felicidad tan constante le fastidió y dió entrada al *spleen*: para disiparlo imaginó vencer á fuerza de locuras á todos los calaveras de Londres: podía hacerlo muy bien, pues su caja era inagotable; mas para ello debía agitarse, trabajar, y su carácter frío é indolente, que solo la sed del oro había podido galvanizar, se lo impedía: por otra

parte, á pesar de la aversion que le inspiraba todo lo de su casa, queria merecer el aprecio de mistress Lowter, y no queria perder la reputacion de excelente padre de familia de que durante largos años habia gozado, con gran ventaja para el crédito de su casa.

Entre tanto el *spleen* iba en aumento: era preciso esterminarle á toda costa. Peter Lowter se hizo jugador: pero la fortuna se le mostró tan adversa en el juego como favorable le habia sido en los negocios. Las emociones, nuevas para él, que le causaban tales pérdidas, convirtieron este capricho en una pasion. En el juego lo mismo que en el amor, el remedio mas poderoso es el buen éxito; los percances de la suerte producen el mismo efecto que los calculados desdenes de una coqueta, avivan el fuego y encadenan al que en tales aras rinde adoracion. Si Peter Lowter habiera ganado, nuestra historia concluiria en el primer capítulo. No fué así, y bien pronto no conoció freno su pasion: jugó cuanto tenia en caja, luego los depósitos, y por fin se vió reducido á perder solo diariamente las enormes ganancias que le producía el comercio. Esta sujecion volvió á fastidiarle.

Y no era en los clubs fashionables ni tan siquiera en las casas toleradas, donde Peter Lowter vaciaba su cartera todas las noches. Habia elegido un garito donde nadie podia reconocerle; así es que todos ignoraban que era presa del vicio, y mientras se estaba arruinando creian que trabajaba en su gabinete: su misma esposa, no solo ignoraba que pasaba la noche fuera de su casa, sino que estaba segura de que le tenia muy cerca, pues le *veia*: luego explicaremos este misterio.

Solo un confidente poseia el secreto del banquero. El viejo Toby, charlatan como todo criado, pero dotado de una discrecion á toda prueba en lo concerniente á su amo, favorecia sus escursiones. Todos los demás sirvientes y empleados creian al banquero un modelo de laboriosidad y de paciencia.

Hay en la nebulosa atmósfera de Londres una epidemia de suicidio que los linfáticos *gentleman* han importado á otros países con demasiado éxito por desgracia. Peter Lowter, al volver á su casa, atravesaba el Támesis: una vez se apoyó en la barandilla del puente y sus miradas estuvieron largo rato clavadas en el río: desde aquel momento no pensó en el Támesis, sin tener una sensacion voluptuosa, parecida á la que hormiguea en el paladar de un gastrónomo al pensar en un pavo relleno de trufas ó en un pastel de Strasburgo rociado con Champagne. Como su corazon era demasiado estrecho para contener

dos pasiones, se vió desalojada la del juego por la del suicidio; pero no ese suicidio triste á que recurre un cajero que ha malversado los fondos puestos á su cuidado, sino á una muerte tranquila y gloriosa, por largo tiempo meditada, y ejecutada con plena voluntad, despues de haber dormido tranquilamente, y haber llenado el estómago con un opíparo almuerzo. Londres no era apropiado para el caso: se necesitaba completa libertad, y Lowter, decidido ante todo á obtenerla, escribió á su esposa un billete mortuario en forma de testamento, que empezaba con las sacramentales palabras:

«Cuando leais estos reglones habré dejado de existir; no queráis saber, etc. etc.»

Esto bien mirado no era una falsedad, sino un anacronismo. El banquero predecia los acontecimientos; y como para aquella escapatoria no necesitaba de nadie, no dijo nada á Toby y partió, muerto para el mundo.

Desembarcó en Francia. Un inglés no hace las cosas á medias: Peter Lowter habia tenido cuidado de recoger una gran suma, y de proveer su cartera con letras de crédito y billetes de banco: jugó para distraerse y perdió segun costumbre; la pérdida diaria no podia compensarse con los empréstitos de la caja como en Londres; por consiguiente el tesoro se fué disminuyendo rápidamente; la muerte se le apareció próxima, inevitable, y bajo este nuevo aspecto le pareció bastante seductora.

Sin embargo continuó perdiendo, pero con método y con moderacion. De este modo, dividiendo el contenido de su cartera por el importe de la cantidad que diariamente arriesgaba y perdía, podia calcular cuando quisiese los dias que le quedaban de vida. Así pasó un año.

La víspera del dia en que le hemos presentado al lector habia hecho su última division, y por cociente habia resultado cero.

Peter Lowter queria morir y no tenia otro recurso, pero se hubiera alegrado de encontrar un pretexto para vivir; en sus últimos momentos se le habia aparecido la imágen de su esposa y de su linda Ana, y sentia haberlas dejado:

(Continuará.)

P. F.

GRABADA:—Imp. de La Madre de Familia.